

LIMINARES

Yolanda Martínez San Miguel

Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

Julio Ramos

Universidad de California, Berkeley

Antonio Cornejo Polar convoca los Encuentros Latinoamericanos de Berkeley, una ciudad múltiple y heterogénea, de cruces y confluencias. Las calles y las casas de Berkeley, las plazas y las aulas de su Universidad –donde el español, por cierto, no puede ya reducirse fácilmente a los confines de una lengua extranjera– son lugares en pleno proceso de cambio y reconfiguración, marcados por los procesos de la globalización contemporánea. ¿Cuáles podrían ser –para el pensamiento de la heterogeneidad– las cartografías de esos cambios que, por el anverso de la misma globalización que hoy transforma las ciudades y los campos californianos, también impactan las formaciones latinoamericanas con el profundo trastocamiento de las fronteras entre el norte y el sur? ¿Cuáles podrán ser las coordenadas del discurso y los saberes latinoamericanistas ante las presiones de estos cambios y desplazamientos que parecerían producir *otra* América Latina, habitada por formaciones culturales que desbordan tanto las fronteras de los estados nacionales al sur de Río Grande, como los discursos hegemónicos y homogeneizantes de la ciudadanía estadounidense?

Estimulados, en parte, por el acicate de los tensos debates californianos en torno a la enmienda de ley conocida como la Proposición 187 –que en noviembre de 1994 aprobó nuevas limitaciones a los derechos de los inmigrantes indocumentados y su acceso a los servicios estatales en el cuidado médico y la educación– le propusimos al profesor Cornejo Polar un encuentro sobre la cuestión puertorriqueña contemporánea. Al menos una diferencia insoslayable distingue la migración puertorriqueña de la situación de los inmigrantes indocumentados en California y otros estados de los EE.UU.: la condición jurídica y los derechos relativos garantizados por la ciudadanía estadounidense de los puertorriqueños, tanto de los dos millones y medio que viven en

el continente como de los tres millones que viven en la isla. La Proposición 187 inscribió una separación irreductible entre el “documentado” y el “indocumentado”. Pero aún así nos parecía que la discusión puertorriqueña bien podía contribuir a investigar los pliegues mismos del “documento” de la ciudadanía, sus desigualdades internas, o al menos a precisar algunas de las paradojas y contradicciones movilizadas por prácticas culturales y formaciones de identidad creadas en los intersticios de las categorías nacionales. Tal discusión podía entonces conjugar los debates sobre la crisis de los relatos de la identidad nacional con la reflexión sobre la migración y el surgimiento de las comunidades latinas en los Estados Unidos.

El IV Encuentro, *Displacing Citizenship/La condición puertorriqueña*, se celebró el 21 y el 22 de marzo de 1995 en la Biblioteca Doe de la Universidad de California. El coloquio comenzó con una lectura de poesía de Aurora Levins Morales, Mayra Santos, Tato Laviera y Piri Thomas. Estas intervenciones literarias, junto con las fotografías de Frank Espada, complementaron las reflexiones críticas que se presentaron durante el segundo día del IV Encuentro. Este número especial de la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* incluye los trabajos presentados en el coloquio, acompañados por colaboraciones de otros críticos que aunque no pudieron estar aquí con nosotros, también nos sitúan de frente ante los complejos procesos de construcción de identidades puertorriqueñas y su relación con la literatura y otras prácticas culturales contemporáneas.

No por casualidad las fotos de Frank Espada, fotógrafo puertorriqueño de Nueva York, actualmente residente en San Francisco, demarcaban generosamente el ámbito del coloquio en la Sala Morrison de la Biblioteca Doe. Las veinte fotos expuestas en el Encuentro eran parte del vasto fotodocumental y proyecto de historia oral, *The Puerto Rican Diaspora*, producido por Espada hacia comienzos de la década del '80. Las fotos trabajan en blanco y negro los rostros y cuerpos de sujetos diaspóricos puertorriqueños en zonas muy diversas de los Estados Unidos. La fotografía de Espada explora los espacios de la dispersión de la puertorriqueñidad y la sutil tensión entre la particularidad y la heterogeneidad de los rostros y la idea general de la comunidad, de lo que los rostros y las voces comparten y tienen en común. Tal vez más que por una esencia inmutable y continua que recorrería y ordenaría de algún modo la multiplicación de esas particularidades, los rostros se encuentran articulados por la pulsión estética del fotógrafo viajero y peregrino que se pregunta sobre lo que esos rostros y esas particularidades tienen en común. ¿Cuál es el rostro que focaliza la subjetivación de la puertorriqueñidad?

El proyecto de Espada inscribe un doble movimiento: por un lado, del registro de la dispersión de los cuerpos en la experiencia diaspórica; y por otro, la focalización del rostro como instancia de condensación y subjetivación, es decir, como postulación de lo común y compartido. Espada nos sitúa así no sólo ante las notables imágenes y testimonios

de cientos de inmigrantes, sino también ante una serie de preguntas claves sobre las vicisitudes y las tensiones internas que escinden la práctica misma del fotógrafo ambulante, quien en su viaje a través de los Estados Unidos, Hawaii y Puerto Rico, explora con afecto los contornos del perfil y de las huellas, las raíces portátiles, la dispersión y la pertenencia. Investiga asimismo las condiciones que harían posible un saber alternativo y diaspórico: una cartografía trazada en el devenir del desplazamiento migratorio. Espada encara el riesgo del demonio de la melancolía, que para Barthes estaba ligado al juego fantasmagórico, de presencias y ausencias, de temporalidades irreconciliables, constitutivo de la fotografía (arte mortuario, según Barthes en *Camara lúcida*). El principio de su esperanza, sin embargo, está más bien puesto en los efectos prácticos y políticos que de hecho han sido generados por las fotografías.

Las 20 fotos que demarcaron el coloquio en Berkeley fueron sólo una mínima muestra del archivo alternativo de Frank Espada, cuyo documental completo consiste de más de 250 fotos y entrevistas, realizadas por Espada a fines de la década del '70 y comienzos de los años '80. El fotógrafo ambulante visitó más de 40 comunidades puertorriqueñas, en un recorrido cartográfico que lo llevó a Honolulu (a donde llegó un grupo significativo de trabajadores de la caña de azúcar en 1901 y donde aún hay una comunidad notable que afirma su puertorriqueñidad), a Nueva York y a las ciudades de la costa del noreste de los Estados Unidos, a Chicago, a Massachusetts, a Puerto Rico. Bien puede ser que su viaje fuera estimulado por la pregunta de la continuidad entre los fragmentos de lo que Arcadio Díaz Quiñones llama, en su libro fundamental, la "memoria rota" de las culturas puertorriqueñas (véase la discusión también central de Juan Flores sobre *La memoria rota* en este número). Sin embargo, en blanco y negro, las fotos de esos sujetos frecuentemente ubicados en umbrales y en orillas –sujetos escindidos por la delicada fisura del claroscuro– y las inflexiones y acentos de las voces grabadas por Espada registran, por el reverso de cualquier voluntad homogeneizadora, las múltiples posiciones de la identidad, la heteroglosia y la heterogeneidad de los cuerpos y sus historias. Lejos entonces del intento de fijar y reducir "lo común" en el rostro fantasmagórico del origen, Espada más bien ha producido un archivo portátil de representaciones alternativas, de contrarrelatos y testimonios armados a contrapelo de los discursos dominantes sobre la identidad, tanto en los relatos fundacionales de la nación puertorriqueña –que históricamente intentaron contener la migración en la economía del extravío y de la pérdida– como en los discursos hegemónicos sobre la asimilación o incluso sobre la supuesta armonía multicultural de la ciudadanía norteamericana.

En el proyecto de Espada, la producción de ese saber alternativo no sólo es el efecto de la textura y la construcción de las imágenes mismas, sino también del aspecto pragmático del archivo, de los modos de recepción que *The Puerto Rican Diaspora* motivó en las

comunidades donde la exposición ha sido montada –siempre incompleta, parcial, provisoria. De hecho: así concibió Espada el vasto archivo, alerta al riesgo de la monumentalidad, como un proyecto para usos locales: las fotos fueron inicialmente expuestas en centros comunitarios, en actividades culturales organizadas frecuentemente por los mismos sujetos fotografiados, y promovieron así el tejido de las organizaciones de base que facilitaron la producción del fotodocumental desde sus inicios. Las fotos regresaban a sus comunidades contribuyendo de modos prácticos a sus organizaciones, a la producción de un imaginario local, a contrapelo, sin duda, de las figuraciones estereotipadas de las representaciones de los puertorriqueños en los medios oficiales y masivos.

En varios sentidos, las fotos de Espada estimularon también la organización del IV Encuentro, dedicado precisamente a muchas de las preguntas generadas por el fotógrafo ambulante en su *Puerto Rican Diaspora*. Como Espada, los participantes del encuentro y los otros colaboradores de este número especial de la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, se preguntaron en diferentes registros e inflexiones sobre los modos de pensar la identidad. El tema de la discusión, por supuesto, tiene antecedentes importantes en el campo de los estudios puertorriqueños. Al menos desde mediados de la década del 70', tanto en las ciencias sociales como en la crítica literaria y cultural, ha sido intensa la reflexión sobre los modelos discursivos e ideológicos que hasta entonces condicionaron la discusión sobre la cuestión colonial puertorriqueña. Sin escatimar necesariamente los efectos ineluctables del colonialismo, zonas del campo intelectual puertorriqueño se preguntaron por la voluntad de poder que movilizaba las construcciones de la identidad en los relatos fundacionales de la “gran familia puertorriqueña”. Trabajos como los de José Luis González, Arcadio Díaz Qñones, Angel Quintero Rivera y Juan Flores se aproximaron a los discursos de la identidad nacional desde nuevos ángulos, enfatizando casi siempre los intereses de clase que sobredeterminan las construcciones.

La crítica del discurso nacionalista recorre muchas de las páginas de nuestros colaboradores. Sin embargo, estos trabajos también comprueban el descentramiento del paradigma del análisis y los sujetos de clase privilegiados por la discusión sobre la cuestión nacional en la década del '80. Los trabajos exploran otras contradicciones –frecuentemente ligadas al género, la sexualidad y la experiencia migratoria– que fueron desapercibidas o acaso silenciadas por el privilegio del sujeto de clase.

Los ensayos incluidos en este número conforman una muestra muy mínima de algunos núcleos temáticos y estrategias de análisis que animan los debates más recientes en el campo de los estudios de la literatura y la cultura puertorriqueña. El número está organizado en tres secciones. Abre con una serie de trabajos que proponen lecturas de textos canónicos de la literatura insular puertorriqueña para identificar ahí contranarrativas y diálogos que permiten percibir la comple-

jidad de lo que se ha denominado el discurso “nacionalista” puertorriqueño.

Los trabajos de Arcadio Díaz Quiñones, Juan Gelpí, Agnes Lugo-Ortiz, Efraín Barradas y Myrna García Calderón exploran, precisamente, las fisuras de un discurso cultural, nacionalista y canónico, que no fue necesariamente coherente ni monolítico, sino que refleja ya las contradicciones a partir de las cuales se armó el discurso institucional de lo que tercamente se intentó definir desde principios de este siglo como la “gran familia puertorriqueña”. Sus estudios se aproximan a los diálogos conflictivos y problemáticos que configuran toda una serie de proyectos nacionalistas que han intentado una y otra vez producir una subjetividad coherente y unitaria que sintetice los valores de “lo puertorriqueño”. Por ejemplo, Díaz Quiñones propone una relectura que dinamiza las interacciones de un complejo campo intelectual que incluye posiciones tan variadas como la del sujeto modernizador en Antonio S. Pedreira, el nacionalismo hispanófilo y pasatista de Albizu Campos, y la estética erótica y negrista de Palés –los tres participantes de una guerra por la identidad que no se libra ni en el mismo terreno ni a partir de las mismas estrategias.

Juan Gelpí comenta, por otro lado, la escritura de Julia de Burgos como una contra-narrativa a estas configuraciones canónicas. Según Gelpí, la contra-narrativa de la poeta se ubica en el desplazamiento sin destino programado, en el nomadismo como metáfora que cuestiona las fronteras fijas de la identidad nacional e insular. Gelpí también propone a Julia de Burgos como la fundadora de la literatura de la diáspora puertorriqueña, por su escritura desde el exilio que cruzó no tan sólo las fronteras de la nostalgia nacional, sino incluso los límites lingüísticos al escribir varios textos en inglés.

Agnes Lugo-Ortiz realiza una relectura de uno de los ensayos emblemáticos de René Marqués: “El puertorriqueño dócil”. Se aproxima a los modos en que se representa a la mujer como un espacio que legitima –a partir de sus carencias– la constitución de un sujeto nacional y viril que se resiste a los impulsos modernizadores y coloniales. La transformación de los roles sexuales, que se tematiza a partir de la política de control de la natalidad y del ascenso en el poder social y sexual de la mujer, le sirve a Marqués para proponer la función del escritor como aquella voz que se opone a la docilidad/emasculación de un sujeto nacional que ha ido perdiendo gradualmente su capacidad de acción en una sociedad puertorriqueña que se ha asimilado a la cultura sexual de Estados Unidos.

Según Efraín Barradas, Luis Rafael Sánchez inscribe en su obra una transformación profunda del autoritarismo literario. Barradas propone una lectura de *Quintuples* desde las acotaciones escénicas –palabras mudas que sólo se revelan al leer el texto teatral– como una narrativa alternativa que posibilita un segundo nivel de diálogo entre los personajes, el lector y el dramaturgo que se caracteriza por entremezclar referentes de la cultura popular y oficial. Esta heteroglosia

constitutiva del texto dramático de Sánchez se centra precisamente en la densidad de las formas de decir de una misma cultura como un modo de narrar que deshace los binarismos antagónicos que estructuran otros textos canónicos insulares.

Por último, en esa primera sección, Myrna García-Calderón trabaja con el discurso híbrido de la crónica, género que permite la flexible exploración y postulación de nuevos sujetos culturales. La crónica, según García-Calderón, se convierte en el espacio idóneo para abrir el texto a voces marginales, o a postulaciones nacionales alternativas donde se puede barajar lo fragmentario y disperso sin imponer órdenes unívocos sobre la multiplicidad irreductible que define a las subjetividades puertorriqueñas contemporáneas.

Un segundo grupo de trabajos comenta otro tipo de fisuras, que se generan a partir de los cruces “literales” y “literarios” planteados en la escritura puertorriqueña que se produce en los Estados Unidos, y que empiezan a cuestionar la noción de una identidad nacional territorializada en la Isla. Alberto Sandoval inicia este cuestionamiento analizando la representación de personajes Niuyoricans en textos de Pedro Juan Soto y Ana Lydia Vega. En estos textos que se producen en la isla nota Sandoval que el Niuyorican es un personaje que dramatiza algunas de las exclusiones más significativas del discurso nacionalista hegemónico. Es precisamente en los textos que se producen desde la migración misma —como se puede ver en la obra de Sandra María Esteves y Tato Laviera— que Sandoval encuentra una representación del migrante puertorriqueño como una identidad nueva y no como espacio de carencia o enfermedad. Arnaldo Cruz-Malavé explora la doble frontera del sujeto nacional y la masculinidad, al analizar cómo el personaje homosexual representa en los textos puertorriqueños que se producen en Estados Unidos ese espacio de lo que se repudia. Según Cruz Malavé la abyección hacia el homosexual en los textos de Piri Thomas y Miguel Piñero replica la condición misma de subalternidad que experimenta el “Rícan” en la sociedad estadounidense. Por último, Juan Flores nos propone una exploración de la frontera histórica nacional en la práctica lingüística misma que fusiona el español y el inglés en la poesía de Tato Laviera, desarticulando ambos códigos lingüísticos y proponiendo, ahí mismo, el surgimiento de prácticas e identidades nuevas.* Su ensayo se propone como un comentario crítico del libro de Arcadio Díaz Quiñones, *La memoria rota*, y postula la creación de un nuevo lenguaje como una memoria alternativa que se alberga en la ruptura misma para forjar desde ahí una nueva noción de “puertorriqueñidad” que ya no define el “exilio” como una pérdida irremediable de la identidad. A partir de este cruce constante de identidades, sexualidades y lenguas, la “condición” puertorriqueña se postula como posibilidad de un espacio alternativo, que no es ni carencia ni ruptura, ni herida, ni enfermedad, sino renovación y dinamismo. Se abandonan de este modo las patologizaciones con que tradicionalmente se ha definido al sujeto que ocupa el intersticio, pues mantenerse en el medio de fron-

teras y categorías es ahora una estrategia que permite la emergencia y supervivencia de toda una serie de identidades “neorriqueñas”.

El último grupo de trabajos que incluimos explora el impacto de algunas de las producciones culturales más recientes —como el cine, la música, el video y la remodelación de espacios urbanos— en la reconfiguración de ciertas nociones de identidades étnicas o nacionales. En estos estudios se trabaja con modos de subjetivación que abandonan las coordenadas tradicionales del discurso literario para desplazarlas hacia otras prácticas culturales masivas que también intervienen en el debate contemporáneo sobre la identidad. Uno de los ejes de esta aproximación a las prácticas culturales contemporáneas es el debate posmoderno. En la crisis de las grandes narrativas de la historia, la nación y el estado moderno que señala el comienzo de la era posmoderna, Irma Rivera Nieves ve también la posibilidad de postular otro modo de establecer identificaciones que trascienda estas teleologías del progreso lineal de la historia y de la existencia de un sujeto localizable en las coordenadas territoriales y jurídicas de la modernidad. Las experiencias de intensa globalización de la economía y la política dificultan claramente la posibilidad de una identidad fija y abren el campo para identidades móviles, que se reconfiguran a partir de las marcas que los desplazamientos y los “cruces” trazan en los devenires del sujeto.

María Elena Rodríguez Castro comenta otro cruce significativo en la producción cultural contemporánea al estudiar la intervención de agencias privadas que están promoviendo un renacimiento cultural en Puerto Rico. En las actividades y proyectos de renovación urbana organizados como parte de la celebración del Quinto Centenario, Rodríguez Castro señala la competencia entre las agencias privadas y el estado y la literatura como medios más tradicionales de producir artefactos culturales para la identificación nacional. Se trata de la intervención del mercado en la producción cultural, auspiciando y produciendo gestiones culturales que se venden a un sector masivo de la comunidad nacional e internacional, por medio de las remodelaciones del Viejo San Juan para la celebración del Quinto Centenario, de las ventas de videocassettes que recopilan colecciones de música tradicional puertorriqueña o de cortometrajes que definen la imagen contemporánea de Puerto Rico, frecuentemente para el consumo tanto en la Isla como en las comunidades puertorriqueñas continentales. Esta inserción de la empresa privada en una competencia con las agencias gubernamentales por la producción de íconos e imaginarios nacionales abre el campo para una intervención en un escenario más plural, donde el público consumidor y espectador puede optar por más de una posible “lectura” de lo que define su “país” y sus bienes culturales.

Silvia Alvarez incursiona en el cine producido y visto en Puerto Rico para analizar el desarrollo histórico de este medio de comunicación masiva característico de la modernidad y que interpela por medio de sus proyecciones de modelos de identidad a un público más amplio que el tradicional campo intelectual académico o el lector de periódicos

y textos literarios. Esta gestión documental del cine se produce inicialmente desde la Oficina del Gobernador por medio del trabajo de la División de la Educación de la Comunidad entre 1949 y 1975. Ahí se articula visualmente un discurso de impulso populista promovido por el Estado Libre Asociado en su deseo de convertirse en el representante de los intereses de los sectores medios y bajos de las barriadas rurales y urbanas de la isla. Sin embargo, Alvarez observa que el cine mexicano y estadounidense que se ve en la isla moviliza ciertos vínculos del espectador con referentes culturales latinoamericanos y alusiones a la situación colonial de Puerto Rico que intervienen en las gestiones de legitimación nacional que se impulsaban desde el estado. Su estudio cierra con un comentario sobre el cine más reciente producido en la isla y su impulso predominantemente nostálgico y anti-modernizante, que fija la identidad puertorriqueña en un pasado que el desarrollismo industrial de 1950 a 1980 necesariamente interrumpió y degradó. Alvarez cierra su estudio con un llamado por un cine que trabaje narrativas que trasciendan el impulso populista o nostálgico para trabajar otros diálogos con un público contemporáneo.

Esto es precisamente lo que propone Frances Negrón en su comentario sobre cine puertorriqueño que se produce en los Estados Unidos. Para Negrón el cine debe de abandonar las propuestas definitorias de una casa e identidad nacional y explorar otras posiciones intermedias, otros debates ligados a la problemática de la sexualidad, del idioma, de la raza, o de sujetos migrantes que no tienen una localización clara y construyen desde ahí otra noción de pertenencia a una comunidad transnacional. La película de Negrón que se mostró en el cierre del coloquio, *Brincando el charco / Portrait of a Puerto Rican* no nos dice dónde está ni cuál puede ser la casa de estos sujetos en continuo “tránsito” de un lado al otro. Su cine tampoco se construye desde un sentimiento nostálgico que buscaría un regreso armónico al ámbito familiar o insular, ni se plantea como una lucha contra un contexto colonial o imperialista que amenaza la posibilidad de la identidad nacional. El cine que propone Negrón habla desde otro lugar, muy ligado a los transcurros del presente en que la condición misma de los cruces llega a ser constitutiva de nuevos sujetos, que producen narrativas transnacionales y translocales donde se narran viajes cuyos destinos a veces ya no es necesario representar en el recinto de las imágenes que configuran la narrativa fílmica

En su entrevista con Dinah Rodríguez, Frances Negrón comenta sobre las condiciones en que se produce su trabajo cinematográfico y los modos en que sus preguntas se apartan de las teleologías nacionalistas que han predominado en el debate de los estudios culturales de los últimos quince años. Mediante el comentario sobre la recepción de su película *Brincando el charco* en Berkeley y en Puerto Rico, Negrón propone un nuevo cine puertorriqueño de la “sospecha”, que abandona la mirada del “documental político” o del largometraje comercial nostálgico del pasado hacendado del siglo XIX para ubicarse ante las prác-

ticas culturales del sujeto que se desplaza y carga consigo las marcas de la migración, la raza, la sexualidad, y las especificidades de los referentes culturales o los registros lingüísticos.

Por su parte, Mayra Santos estudia las condiciones en que se produce y circula el “rap” clandestino en Puerto Rico. El “rap” dramatiza el cuestionamiento de una de las coordenadas claves en la definición del sujeto nacional clásico: la noción del ciudadano. El sujeto que produce el “rap” deja entonces de ser un ciudadano que se siente interpelado por la ley estatal para definirse como un consumidor transnacional que dialoga simultáneamente con los pulsos del mercado internacional y la economía informal local. De ahí que la identidad pase ahora al lugar del bien de consumo, replicando en su carácter transitorio y reconfigurable las demandas de un mercado siempre volátil e impredecible, pero que tiene efectos muy contundentes en las esferas de acción posibles e imaginables de amplios sectores de la sociedad contemporánea. En el rapero Santos nota un “reciclaje irreverente” de imágenes y palabras, que al mismo tiempo que propone una alianza o identificación con la cultura rastafaria jamaicana y las tradiciones africano-americanas, moviliza imaginarios donde la mezcla de códigos lingüísticos y musicales y el cruce de límites legales y sociales producen una identidad de “borde” o “provocación” que se escurre por entre las teleologías liberatorias o celebratorias del subalterno que animan muchos de los proyectos de crítica cultural de los últimos años.

Los trabajos cierran con la ponencia de Carlos Gil que dio fin al IV Encuentro Latinoamericano en Berkeley. Gil discute polémicamente los trabajos leídos en el Encuentro. Explora las vicisitudes del sujeto migrante a partir de una metáfora: el regreso de Eneas a Cartago, narrado en el primer libro de la *Eneida*. Desde la lectura del clásico propone la crítica de las pulsiones nostálgicas y las trampas de una temporalidad fija en el recuerdo que bien puede detener la experiencia de aquél que, por razones diversas —económicas, políticas, sexuales— sale del país de origen. Para Gil se trata precisamente del momento clave de la toma de la palabra en que Eneas, sujeto migrante, sale de la nube de los compromisos con el pasado que “contiene” y “fija” una identidad esencialista y originaria, para plantearse en cambio su identidad en el presente como un nuevo devenir que genera, necesariamente, nuevos significados. De este modo el sujeto migrante abandona las culpas de la “asimilación” o la responsabilidad “heroica” para localizarse en el espacio del deseo mismo que lo lleva a establecer vínculos con eso “otro” que lo rodea y lo redefine. Sin nostalgias ni restituciones, el sujeto migrante puertorriqueño se incorpora por fin —según Gil— a ese nuevo ser cultural que es la comunidad “latina” en Estados Unidos, como una nueva casa construida con la misma experiencia del desplazamiento y la migración.

A través de este recorrido hemos intentado incluir algunas de las preguntas claves que animan el debate y el diálogo sobre esa “condición” escurridiza que en su constante desplazamiento de espacios y

temporalidades, de categorías y referentes, presiona a retrazar nuevas cartografías de la identidad puertorriqueña y caribeña. En este fin de siglo, marcado por los efectos de la intensa globalización, acaso incluso sea posible argumentar que la condición puertorriqueña, lejos de ser una “anomalía” latinoamericana, se encuentra cruzada por experiencias históricas que también son constitutivas de las formaciones sociales y culturales en otras zonas de América Latina, en esta época de reconfiguración de las fronteras nacionales y de agotamiento de los relatos fundacionales republicanos.

A Antonio Cornejo Polar –quien desde hace al menos dos décadas debate sobre las categorías territorializadoras del discurso clásico latinoamericanista– le agradecemos el espacio de la discusión.

* Este trabajo se presentó originalmente a dos voces, de modo que se combinó la reflexión crítica de Juan Flores con la recitación de poemas de Tato Laviera.